

IDENTIDAD Y CULTURA:

El Ser *Panameño* como patrimonio

Roberto Fajardo - Fajard_59@hotmail.com
Facultad de Bellas Artes. Universidad de Panamá.

Punto de Partida

Aproximarnos al concepto de identidad, a primera vista, nos conduciría hacia el folclore, sobre todo si hemos nacido en el interior del país, y también hacia los símbolos ya establecidos por la historia y la oficialidad, así como los logros y personalidades destacadas en las diferentes áreas del hacer de nuestra comunidad. Es así como inicialmente aprendimos algo sobre la “identidad”. Identidad que actualmente nos parece ser muchas otras cosas, pero muy pronto se descubre que la identidad es también un concepto, que nos orienta dentro de un marco teórico e histórico, un concepto aprendido a su vez.

De una manera un tanto inmediata, y apelando a una concepción contemporánea, podríamos decir que toda definición de identidad se alimenta del patrimonio cultural, sea este material o inmaterial. Es el sello que nos distingue como nación y así lo reconoce la Unesco. De modo que sería posible correlacionar patrimonio e identidad desde la perspectiva de la cultura individual y de la cultura colectiva, es decir, reconocer el patrimonio de la cultura inmaterial de un particular individuo.

Vale la pena tener presente para los propósitos de nuestro artículo lo que establece al respecto la Unesco:

“Se entiende por “patrimonio cultural inmaterial” los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana”

Los conceptos demarcan una trayectoria y una experiencia que siempre es en principio, individual. Aquello que hoy entendemos como *Concepto* además de su definición congelada en el diccionario, de su condición de elemento como parte de una estructura que genera sentido, es una realidad vivida que necesita ser admitida, sobre

1 UNESCO, en su 32ª reunión, celebrada en París del veintinueve de septiembre al diecisiete de octubre de 2003.

una sucesión de hechos en el tiempo y hechos culturales que determinan su condición dentro de determinada estructura. Así siendo, todo mejor entendimiento conceptual coherente se hace etimológicamente, sin embargo debemos considerar que solamente lo vivido le da un carácter de cambio ².

En su sentido etimológico, el concepto de *Patrimonio* remite a una herencia de la cual no podemos desvincularnos. La palabra viene del latín “patri” que significa padre y monium que significa recibido. Unidas indican «lo recibido por línea paterna». El derecho romano admite y reconoce esta condición como propiedad familiar y heredable de los patricios (de pater, ‘padre’) que se transmite de generación a generación. Siendo así, lo que entendamos por *Identidad* surge como consecuencia de nuestra cultura patrimonial, y con y por ella nos identificamos.

Desearíamos, para continuar, tomar como punto de partida en el abordaje de este tema de la identidad, una experiencia personal que fue crítica y decisiva en el desarrollo de nuestras ideas al respecto.

Nos encontrábamos realizando estudios en Brasil, en el ahora lejano año de 1981, cuando obtuvimos acceso a un

2 Para un mejor entendimiento, véase la relación entre los conceptos estructuralistas de Lengua y Habla, originalmente propuestos por Ferdinand de Saussure en su famoso “Curso de Lingüística General”. (Capítulo IV. 1994.)

texto del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro que nos conmocionó desde su primera lectura y que no ha dejado de hacerlo desde entonces.

Un fragmento del texto reza:

“La otra es Panamá, que no puede considerarse un pueblo verdadero a causa de la artificialidad de su creación y de la coerción que sobre él ejercen los Estados Unidos, lo que vuelve imposible cualquier intento de integración nacional. Su población se divide en cuatro segmentos distintos, segregados y recíprocamente hostiles. Los negros traídos también de las indias occidentales para las obras del canal, hablan inglés y forman un grupo separado del resto de la población por un cerco de arraigada discriminación racial. La sociedad ladina original, con sus contingentes de mulatos descendientes de españoles y negros, se halla estratificada en clases que va de una oligarquía local de poderosos comerciantes y latifundistas a una extensa masa de desheredados que luchan contra el desempleo y el subempleo en las ciudades y las zonas rurales; pasando por una categoría intermedia bastante amplia compuesta por empleados del Estado y diversos servicios urbanos. En la cúspide de esta estructura formada por indios,

inmigrantes negros y ladinos, se coloca la élite norteamericana, ocupada en la explotación del canal y en las actividades militares. Viven apartados y gozan de una situación de prosperidad tan ostentosa frente a la pobreza generalizada, que ya ninguna violencia consigue impedir las manifestaciones provocadas por el descontento y la creciente toma de conciencia política de los panameños” (Ribeiro, 1977:161-162)³

La decisión de utilizar este texto como punto de partida no se debe al deseo de provocar confrontación de ideas o al hecho de que estemos de acuerdo con sus aseveraciones. Como experiencia real, cuando tuvimos la oportunidad de reflexionar y re-ver concepciones con respecto al tema y considerarlo como texto de significación, nos permitimos iniciar un proceso, definir y derivar lecturas y discursos que a su vez y con el tiempo, nos permitirían establecer algunas cuestiones que nos parecen relevantes y que intentamos, de forma participativa, exponer aquí.

3 Es válido comentar que el texto pertenece al libro “Las Américas y la Civilización” de Darcy Ribeiro cuya primera edición en el año de 1969 se dio en Buenos Aires. Y que la edición brasileira a la cual tuvimos el primer acceso es de 1971 y la edición de la cual extrajimos el presente texto es la de 1977, publicada en México.

Es un texto que, como panameño de joven edad, me dejó perplejo: necesité un poco de distanciamiento para colocarlo en contexto. El trabajo, probablemente, fue contemporáneo o poco anterior al golpe militar de 1968 en Panamá. Darcy Ribeiro fue una figura de renombre internacional, reconocido como el más latinoamericano de los intelectuales brasileños, lo que nos hizo tratar el tema con cierto cuidado. Creador y primer rector de la Universidad de Brasilia. Vicegobernador de Río de Janeiro, donde creó un sistema de educación pública universal en régimen de tiempo completo.

Exilado de su país por el golpe militar de 1964, se dedicó a realizar una larga peregrinación por Uruguay, Chile, Venezuela, Perú, Costa Rica y México. Asesoró a Salvador Allende en Santiago de Chile y a Velasco Alvarado en Lima, Perú; fue consultor distinguido de la Organización de las Naciones Unidas (O.N.U) y murió siendo senador de la República de Brasil.

Como vemos se trata de una persona que en su momento conocía y estudiaba la realidad sociológica de Latinoamérica con profundo cuidado y conocimiento de causa. Si bien se trata de un texto no contemporáneo, nos permite poner en perspectiva sus observaciones desde la percepción existencial de una persona en particular y de cierta manera seguir una pista evolutiva del tema.

La naturaleza de este cuestionamiento se encontraría también en la mente de un ilustre nacional. Nuestras posteriores consideraciones me llevarían al descubrimiento de la figura de Eusebio A. Morales, notable estadista panameño⁴ quien ya en 1916, en su famoso discurso de toma de posesión del presidente Manuel Ma. Valdés, se preguntaba si somos o no una nación:

“Esa es una labor ardua en un país como el nuestro en donde impera el pesimismo más desconsolador sobre nuestros destinos nacionales. Tal parece que nadie entre nosotros mismos creyera todavía en la existencia real del país como entidad independiente, y es precisamente ese pesimismo lo que debilita nuestro carácter y nos arrastra a perder lo que poseemos” (Morales, 1999:137).

4 Eusebio A. Morales uno de nuestros estadistas más destacado, participó activamente de la guerra civil, representó a los revolucionarios en la firma del tratado de paz a bordo del USS Wisconsin el 21 de noviembre de 1902 y fue defensor de Victoriano Lorenzo. Participó de manera activa en el movimiento secesionista de 1903, integró la junta provisional de gobierno y participa en la elaboración de la primera constitución. Tempranamente en 1904 tiene la iniciativa de plantear las primeras críticas al tratado Hay-Bunau Varilla como asesor de nuestro representante en Washington, aspecto sobre el que siempre insistió: La revisión del tratado del canal. Participó activamente de la administración pública panameña con notables e incontables aportes. Fue el creador del Instituto Nacional.

Reflexión sobre la *Identidad*

Si bien podemos reconocer la *Identidad* como el patrimonio cultural de un individuo, esta tiene siempre una naturaleza simbólica con origen en una condición básica; el “*estar allí*”. Pero este “*estar allí*” incide en la conciencia que podemos tener de nosotros mismos y la conciencia que podemos tener de los otros, es decir, de lo *colectivo*.

Esta conciencia coincide con el primordial sentido de nuestro primer modelo epistemológico: el modelo griego; ¡La persona puede pensar!⁵

Esta construcción en la cual se constituye la identidad, implica un proceso biológico – psicológico – cultural, que se construye como reflejo y consecuencia del entorno social y, decir de Locke, de la experiencia.

Lo individual y lo social se entrecruzan en una compleja espiral de significaciones de naturalezas varias (temporal, geográfica, sociológica, cultural, epistemológica etc.) que se proyecta al infinito y que termina por generar los relatos y las pautas que rigen los comportamientos, las creencias y los acuerdos de las diversas colectividades en sus más variadas manifestaciones.

5 Como concepto moderno, la noción de identidad personal solo se hace evidente a partir del filósofo inglés John Locke. Véase a este respecto, “Ensayo sobre el Entendimiento Humano”. Capítulo XVII -Acerca de la Identidad y la Diversidad.

Esta compleja espiral, ya construida y siempre en construcción, la podemos definir como *memoria*. No hay *identidad* sin *memoria* y no pueden entenderse como una después de la otra: se trata de una relación dialéctica, dinámica y permanente que termina por constituir *Cultura*. En este sentido *memoria* también es construcción, tanto a nivel individual como a nivel colectivo.

Sin embargo, hay en todo esto un componente fundamental que provee la materia prima de toda posible génesis de conocimiento: la *experiencia*, que es el modo de *ser* en el mundo, es decir, nuestra forma de captar la realidad, el modo de “*estar allí*”. La experiencia alimenta a la memoria y -a la postre- esta adquiere un carácter colectivo que es cuando constituye una noción de *Identidad compartida*.

Entonces se trata de una noción y condición: la de identidad compartida de manera colectiva, que puede expresarse como un relato que nos permite acceder a la trama de significaciones que se constituyen simbólicamente⁶.

El devenir como posibilidad de significación es considerado por la semiótica⁷ como la base de toda posible

6 Para nuestro propósito, entiéndase “relato” como aquello que justifica o fundamenta sistemáticamente modos de aprehensión de la realidad cognitiva o imaginaria de una determinada colectividad o percepción individual.

7 Aquí el concepto semiótico base se origina en la teoría

génesis de la *realidad*. La condición de posibilidad, una vez actualizada, constituye el *hecho*. Su existencia en el mundo del conocimiento humano es siempre una interpretación (o si se prefiere una *re-creación* a partir de la compleja estructura del lenguaje y de la naturaleza simbólica del comportamiento y el bagaje intelectual).

La *realidad* termina siendo la posibilidad de nuestra *ilusión*, que como tal podrá constituirse o no de acuerdo al proceso de semiosis implicado. Desde la semiótica, todo hecho es significado. Un *significado* viviente, dinámico y determinante, es semiosis que construye el hecho cognoscible, condición necesaria y absoluta de nuestro modo de relacionarnos con el mundo.

De este modo, todo hecho significativo en la colectividad desarrolla un carácter simbólico y se inserta en un complejo sistema de valores, verdades e intenciones que constituyen por extensión la *identidad de un pueblo*. Aquí su historia, sus instituciones, su cultura, su memoria y los más variados aspectos de las clasificaciones sociológicas seguirán el establecimiento de determinadas formas según el paradigma cognitivo del *relato* que le rige.

Siendo el *relato* una construcción simbólica y la *identidad* una construcción que deviene del colectivo y social,

Peirciana, trasfondo de nuestra manera de abordar el tema.

según Blumer⁸ -y desde una perspectiva sociológica- la identidad del individuo se construye a partir de tres circunstancias básicas:

1. La conducta del individuo como determinada por el sentido o significación que atribuye a los objetos de su mundo,
2. Su significación como producto de la interacción social con otros actores de su entorno,
3. La utilización y la modificación de estos sentidos o significados como proceso activo de interpretación, que exigen del *agente* una gran experiencia social.

Sobre Cultura

En términos generales, el concepto de *cultura* puede ser entendido de dos modos. El primero, referido a la formación del individuo indicando la construcción de un determinado refinamiento, conocimiento o comportamiento. El segundo, refiere a lo que resulta de esa formación, es decir, el conjunto de los modos de vivir y los modos de pensar, como valores que indican la vida ciudadana y representan grupos y comunidades: algo que pasamos a poseer y como algo que nos posee.

⁸ Véase el "Interaccionismo simbólico" Perspectiva y Método. Herbert Blumer (1982).

De cualquier manera, el término *cultura* ya aparece en la Roma antigua como traducción de la palabra griega *Paideia* que en su esencia identifica una educación integral, formativa y plenamente intelectual. Posteriormente, en el mundo latino, se asocia con las ideas de *cultivo* y *cuidado* (colere, cultum, cultus, se aplica a la agri-cultura) el cual se conserva hasta la Ilustración cuando comienza a adquirir el sentido moderno⁹. Posteriormente se asoció con la idea de progreso, superando al evolucionismo y se hace sinónimo de civilización como característica y condición de las sociedades más avanzadas. Con el nacimiento de las Ciencias Sociales en el siglo XIX, aparece por primera vez, como tal, en el libro “Primitive Culture” de Edwar B. Tylor (1871). Desde entonces el concepto de cultura adquiere los diversos matices que la modernidad y la llamada posmodernidad le confieren¹⁰ tales como: cultura como “pauta de comportamiento” (1950) y cultura

9 Véase la tensión existente entre el postulado de la Tradición Ilustrada versus la Tradición Romántica. La primera ilustrada insiste en la noción de universalidad y con ella la de razón y naturaleza iguales para todos los hombres y la tradición Romántica discute el universalismo y valora la diversidad de culturas, ambas preparan las concepciones de modernidad/posmodernidad.

10 Vale mencionar que muchos antropólogos no aceptan la cultura material como parte del concepto de cultura, este se referiría exclusivamente a las normas, valores y creencias. Reducen su carácter a las significaciones y sentidos manejados. Sin embargo sí reconocen el poder de los productos materiales de modificar el concepto de cultura.

como “pauta de significados” (1970 a la actualidad).

A partir de 1930 los antropólogos abandonan los modelos basados en el estudio de las costumbres por uno basado en el estudio de los comportamientos, esto es conocido como la “fase abstracta” del concepto de cultura. Desde 1970 y con la publicación del libro de Clifford Geertz *The Interpretation of Cultures* (1973), se inicia la llamada “fase simbólica” cuando la cultura pasa a definirse como “telaraña de significados”¹¹

Vale la pena mencionar algunos períodos históricos establecidos por Toffler en cuanto al desarrollo de la humanidad y su cultura; ello permite colocar en contexto esta disertación y algunas de nuestras aseveraciones.

La primera refiere a la sociedad agrícola ganadera cuyo símbolo es la labor del campo, la azada. La segunda es la revolución industrial y sus consecuencias, simbolizada por la máquina y la cadena de montaje. Por último, la sociedad del conocimiento y la información, representada por la computadora. (Toffler, 1972).

De lo anterior podríamos afirmar que la cultura en la modernidad se deriva de las dos concepciones mencio-

11 Véase el interesante artículo de Gilberto Jiménez: La cultura como identidad y la identidad como cultura. <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>

nadas, la primera como resultado del “Paideia” griego (formación de la personalidad) y del “Cultur” latino como cultivo del alma, la posmodernidad supone un dominio de la cultura sobre el hombre y el dominio del hombre sobre la naturaleza y todo lo que esto implica cuando nos entendemos como parte de esa naturaleza. En la posmodernidad la cultura es tema y herramienta.

La globalización ha hecho de la cultura su herramienta. Si se pretende unificar los paradigmas nacionales bajo uno que tenga representación planetaria, el camino es la cultura. La facilidad con que accedemos a una comunicación “planetaria” en la contemporaneidad nos expone a una aculturación masiva e impone un concepto de diversidad cultural que nos aporta nuevas maneras beneficiosas de ver la cultura; pero también impone su modelo único de producción, consumo y entretenimiento. Esto provoca la importación y asimilación de patrones que no pasan por una evaluación y que muchas veces terminan por ignorar nuestras idiosincrasias, necesidades y expectativas.

El “Ser Panameño” como patrimonio

Al hablar del *Ser Panameño* no queremos referirnos a una idea que se caracterice por su abstracción, queremos

referirnos a algo que es idea y habita el mundo real y concreto. No se trata del ser natural por cuanto panameño y sí del ser pensado, en sus condiciones individual y colectiva, producto de un consenso que establece rumbo y paradigmas, pensado en cuanto panameño.

De modo que, a partir de las particularidades de nuestra experiencia temporal y espacial, cultural y política, de lo individual a lo social y viceversa, se genera, los ingredientes que constituyen la materia prima de lo que pueda ser nuestra cultura e identidad, la cual se componen de todas nuestras vivencias hechas conceptos, experiencia y memoria.

Aspectos como nuestra particular naturaleza geográfica, nuestra condición de puente del mundo, nuestra historia pre y pos hispánica, el enclave colonial, el canal, las etnias y las culturas que conviven en nuestro territorio, nuestra historia política y económica, son relevantes para esta conformación. Son las causas eficientes de los hechos que fundamentan los “relatos” y la composición que nos identifica.

¿Cómo el individuo panameño conoce y entiende su identidad, entendida esta como construcción y proceso, como estructura? ¿Hasta dónde es capaz de ejercer un ejercicio, un parecer crítico sobre los elementos que la caracterizan?

¿Hasta dónde la colectividad (entiéndase estado o sector civil) es capaz de pensar la estructura constitutiva y requerida para que el individuo pueda erigir identidad y pueda proponer respuestas idóneas a sus interrogantes?

El texto de Darcy Ribeiro tuvo la virtud de llamar mi atención hacia el examen de la pertinencia del concepto de *identidad* que me identificaba y esto me llevó a elaborar una apreciación más crítica y sistemática. Sus observaciones plantearon inquietantes preguntas. No se trata de una situación que pudiera ser abordada desde un aspecto estrictamente académico y sí de la necesidad de desarrollar una comprensión con base en determinadas experiencias.

Intentemos realizar un parcial y mínimo ejercicio, una especie de breve radiografía sobre algunos, entre tantos otros, de los temas que nos han ocupado a través de estas líneas. Del modo en que puede concretarse en el individuo común que comienza a cuestionar su identidad. En este sentido quiero referirme inicialmente y de manera somera a dos temas: el enclave colonial y el crisol de razas.

Es un hecho razonablemente aceptado que la República de Panamá nace como consecuencia de la expansión geopolítica de los Estados Unidos cuando respalda a nuestros próceres en su anhelada separación de Colom-

bia y que este respaldo tiene el firme propósito de facilitar la construcción del Canal de Panamá y su control. La firma del Tratado Hay-Bunau Varilla (1903), garantizó a los Estados Unidos la construcción y administración del Canal de Panamá y el establecimiento de un Enclave Colonial en el centro de nuestro país. Como sabemos, esto terminaría por beneficiar a la naciente burguesía panameña. Y como hemos visto, ya en 1916 estadistas como Eusebio A. Morales denunciaban la situación y la necesidad de revisar el tratado original.

La presencia militar de los Estados Unidos en nuestro país, desde el nacimiento de nuestra República, determinó nuestro proceso histórico, afectando de manera concreta el desarrollo republicano, cultural y económico de nuestro devenir, además de representar una humillación a la floreciente nación, al menos desde la perspectiva del tradicional concepto de *nacionalismo*.

Nuestra *Identidad* como nación está unida de manera congénita a la realidad de estos acontecimientos y a como sus consecuencias han ido marcando nuestra historia. Algunos autores cuestionan el hecho de que nuestra identidad hasta el año 2000 se fundamente y justifique por la lucha de la recuperación de la mencionada soberanía, como si toda la identidad panameña dependiera y fuera constituida por ese único propósito.

La poca información que tuvimos de esa compleja y rica historia en nuestros estudios escolares, se limitaba a datos que tenían que ser memorizados y más nunca analizados. La historiografía panameña no parece haberse ocupado de una manera sistemática y analítica, de abordar nuestra historia republicana de modo de ser capaces de informar y estimular un análisis crítico y dialógico dirigido a una comprensión más profunda de los mismos. Una comprensión exenta de las particularidades partidistas o los intereses de determinados sectores con agendas definidas.

El déficit de nuestro sistema educativo corre por esta vía al mantener hasta el día de hoy un sistema básicamente conductista y raramente crítico y analítico. El resultado de esto es una incapacidad de entender la historia e instrumentarla para pensar al ser *panameño* desde una perspectiva dinámica y transformadora.

Hay una frase con la cual nos agrada identificarnos. Generalmente decimos que “Panamá es un crisol de razas” y efectivamente así es. Panamá es uno de los países más étnicamente diversos del mundo. Sin embargo ¿comparte este crisol de razas una noción de Nación satisfactoria y eficiente?

Ribeiro expresó que en Panamá hay una “oligarquía local de poderosos comerciantes y latifundistas y una extensa masa de desheredados que luchan

contra el desempleo en las ciudades y zonas rurales; pasando por una categoría intermedia bastante amplia compuesta por empleados del estado y diversos servicios urbanos”. Irónico que esto haya sido escrito en 1960 y que, guardando las debidas proporciones, todavía el comentario mantenga alguna vigencia en nuestra realidad sociológica actual.

Hoy, la ciudad capital presenta un agradable carácter cosmopolita, sin embargo luego saltan a la vista las diferencias de clase y origen. El país citado por Ribeiro en aquel momento, se presenta compuesto por un 67% de “mestizos” y el autor apunta desequilibrios desproporcionales en la distribución de la riqueza y acceso a condiciones de vida ciudadana y condiciones económicas y sociales igualitarias. ¿Podemos negar esta afirmación en los días de hoy?

Nuestra idiosincrasia es básicamente caribeña producto de la influencia, manifestaciones culturales que son consideradas propias de la nacionalidad y que muchas encuentran su origen, en los aportes de las comunidades afrodescendientes. El tamborito, la cumbia y le sumamos, el congo, el bullerengue y el bunde, por citar algunos casos en el tema de la música.

Adicionalmente, es conocido que los migrantes afroantillanos que llegaron durante la construcción del Canal

de Panamá incorporaron al repertorio musical ritmos básicos y fundamentales para nuestra música urbana actual como el calipso, la soca, el kompa o haitiano y el reggae/dancehall. Sin embargo, la situación de sus descendientes se encuentra principalmente marcada por eventos históricos y conceptos que condicionan su posición dentro de la esfera económica. Un devenir que no ha hecho justicia a la contribución de este sector de la población a la constitución de la nación.

Ribeiro, observaría que la composición de nuestra población; “se divide en cuatro segmentos distintos, segregados y recíprocamente hostiles”. Al observar estos grupos en nuestro propio país, me queda claro sin lugar a dudas que comparten geografía, riquezas y recursos, pero me queda la duda si comparten una noción de Nación, fuera de aquella que se ajusta a sus propios intereses. Seamos honestos, la ascendencia de las colectividades minoritarias, que en aquel momento era apenas de un 3%, hoy posee poder y acceso a la riqueza que es inversamente proporcional a su original condición de minoría. ¿Existe algún estudio sociológico o antropológico que establezca si los grupos de descendientes de españoles, hindúes, chinos, judíos, afroantillanos etc., comparten una noción de nación en relación a Panamá?

Tuvimos la oportunidad de conocer y

personalmente a descendientes de primera generación de japoneses en São Paulo donde radica la mayor colonia japonesa fuera de Japón, que se conforma en alrededor de 1.5 millones de ciudadanos. Siempre me sorprendió el ánimo y la capacidad de mis amigos de considerarse netamente brasileños y japoneses en segundo lugar. Una plena conciencia de su *nacionalidad*. En contraste, tuve la oportunidad de conocer jóvenes de padres españoles nacidos en Panamá y estudiando en España, que de modo alguno se consideran panameños. El planeamiento del país parece dejar de lado esa integración de la nacionalidad que vemos en otras latitudes.

Por otra parte, no es necesario insistir en la situación de nuestros grupos indígenas y su integración a la *nacionalidad*. Bastaría al respecto citar parte del artículo titulado “Dualismo Estructural en la Sociedad Panameña” el cual fue publicado en el diario El Panamá América del día 27 de noviembre de 2015, como evidencia de esta situación general.

“Las cifras sobre la pobreza indígena reveladas por el Presidente de la Asamblea Legislativa Enrique Garrido, miembro de la etnia guna, conmovieron la reunión de Conferencia Anual de Ejecutivo (CADE). De acuerdo a esas estadísticas, el 95% de la población indígena que vive en la selva, islas

y montañas se encuentra por debajo de la línea de pobreza y de éstos el 86% está en la pobreza extrema. Las etnias indígenas representan el 8% de la población total de la república, pero en las estadísticas de pobreza llega al 20% y en las de extrema pobreza al 35%¹². Esta noticia no amerita mayores comentarios.

Si lo pensamos de manera escueta, desde el sentido común y sin grandes implicaciones académicas, el *Estado-Nación* Panamá, parece tener tareas pendientes. No hay un planeamiento coherente de los servicios básicos y públicos. Este país, que se jacta de un alto índice de crecimiento, presenta un servicio de aguas servidas, alcantarillados y agua potable francamente deficiente, un sistema de recolección de basura siempre precario, un sistema de salud en permanente crisis, un sector agropecuario abandonado y sin planificación estatal, sin hablar del sistema educativo, que no se ajusta a las demandas de la contemporaneidad y en su actual estado presenta un escenario deplorable. Un sistema de justicia que ha mostrado sesgos de corrupción atemorizantes, un estado de vida civil que se caracteriza por un alto grado de violencia. El caos de la conducción vial, el mal estado de las vías públicas y del

sistema de transporte deficiente, a pesar de las mejoras ya iniciadas. ¿Cómo podemos percibir nuestra identidad ante este contexto?

Entiéndase que no consideramos que esta tarea sea una exclusiva responsabilidad del Estado (aunque con esta observación no se le exime de lo que le corresponde), he insistido en la palabra *Nación* porque esa noción nos incluye a todos.

Es común ver individuos, ciudadanos que son parte del problema, que no entienden nada de la vida cívica y poco les importan los demás, capaces de transformar calles y ríos en basureros improvisados. Sectores de la población aparentemente acostumbrados a que el gobierno de manera paternalista les “resuelva” su vida. El clásico “juega vivo” del que todos los panameños somos conscientes, que se extiende a todos los sectores de la población y que termina por constituirse en una categoría de identificación aplicada por el sentido común panameño; una planificación urbana casi nula y una ciudad que, en la práctica, es hostil para un alto porcentaje de su población.

¿Por qué sucede todo esto? ¿Qué explica esa realidad? Y, más allá de las anteriores, ¿cuáles son las alternativas para luchar contra esto, al alcance del sector civil y de la población en general?

12 <http://www.panamaamerica.com.pa/content/dualismo-estructural-en-la-sociedad-paname%C3%B1a>

Hemos visto con Toffler, que la sociedad industrial es sustituida por la sociedad del conocimiento y la información: la era del computador. La modernidad y sus presupuestos dan paso a transformaciones que serán luego identificadas como *posmodernas*. Tal vez la más significativa de ellas sea el entendimiento de toda actividad humana como cultura: la cultura como generadora de significados; la politización de la cultura. Su más evidente efecto quizás sea aquello que llamamos *Globalización*, que trae como consecuencia entre otras, la universalización del régimen económico, la fragmentación de las identidades colectivas, el desarrollo imperativo de nuevas tecnologías y medios de comunicación, el éxodo rural y nuevas condiciones de trabajo, migraciones y transformaciones urbanas, reivindicaciones regionales y culturales, los cambios en los roles sexuales, etc.

En ese panorama, podemos identificar transformaciones coyunturales que terminan por modificar los paradigmas de la contemporaneidad. La primera que podemos mencionar es el tema del fin del predominio de la razón como primordial modelo de desarrollo (del modo que lo había entendido la modernidad) y el consecuente fin de las utopías que la misma había considerado como proyectos de desarrollo.

La segunda se refiere a la concepción de la subjetividad aplicada al sujeto

moderno. Con el advenimiento de las teorías del subconsciente, el hombre descubre que realmente no se conoce asimismo y toma conciencia de la complejidad de su naturaleza más íntima. La propia noción de “hombre” se desmitifica de sus atributos diferenciales en relación a los otros seres vivos, perdemos la certeza de que somos los “elegidos” y pasamos a no tener seguridad de nuestra naturaleza superior.

La tercera transformación tiene que ver con el colapso de la historia como línea en el tiempo que se identifica con el progreso y el natural alcance de objetivos determinados. No tenemos la seguridad de que el progreso nos lleve a algún lado o de que la historia pose alguna lógica inmanente. El individuo pasa a vivir la vida como momento y como experiencia permanente. Por último, una vez liberado del uso universal de la razón como garantía de destino y felicidad, el individuo se fragmenta, su mundo se fragmenta, su territorio, su identidad... el conocimiento.

De lo anterior podemos deducir que el individuo no puede escapar de las condiciones de la época en que le toca vivir. Su mundo, sin saberlo, está sujeto a estructuras dentro de las cuales debe identificar su identidad, su cultura, provocar sus experiencias y constituir su memoria. Estructuras que están en constante transformación porque son dinámicas. La identidad colectiva se

construye sobre la recurrente actividad individuo/colectividad que se da sobre este complejo mundo de causas, efectos y simbolizaciones. Debemos admitir que el ciudadano común, el individuo medio no comprende la naturaleza dinámica de la cultura y mucho menos su poder de acción.

En consecuencia, el individuo contemporáneo y posmoderno se ve sometido a la aceptación de un concepto homogéneo del tiempo. El pluralismo y el relativismo identifican su actitud *globalizada*, se ve sometido a una *des-tradicionalización* y reflexividad cultural, a vivir un tiempo de constante "crisis". Renuncia a sus utopías y no cree en ninguna definición de verdad. Pasa de una economía de la producción a una economía del consumo y establece el *mass media* como el centro del poder y de las nociones de verdad, la información aquí es capaz de transformarse en mero entretenimiento.

¿Y los panameños, cómo quedamos los panameños ante este cuadro? ¿Cómo asimilamos estos grandes cambios posmodernos y cómo podemos construir una identidad que pueda asimilarnos?

El concepto de *Nación*, tal como lo entendemos, expresa una comunidad humana que comparte una cultura común y se adhiere a un sentido ético-político. El concepto surge a finales del siglo XVIII como alternativa al fin

del antiguo régimen y su modelo político, con la adopción de las ideas de la *Ilustración* en la coyuntura de la *Revolución Francesa* y americana. En todo caso, el concepto siempre identifica a una colectividad que comparte una historia común, tradiciones, costumbres, lenguas, que adopta una representación política: el *Estado*. Así nace el concepto clásico de *Estado-Nación*, como resultado de una convención social. Es por esto que en su texto Ribeiro tiene dificultades para considerar a Panamá como un *pueblo verdadero*. Es decir, como *Nación*, debido a las circunstancias del nacimiento de la república.

El Dr. Miguel Angel Candanedo en unos de sus discursos nos expresa: "De ahí que podamos entender que Panamá pasa a constituirse como Estado Nacional en condiciones "sui generis" en que al mismo tiempo que declara su independencia nacional entrega la independencia en manos de una potencia extranjera... en el caso panameño se trata de una situación extrema, así lo entendieron las mentes más lúcidas del liberalismo istmeño al inicio de la vida republicana" (Candanedo, 2009).

Podría ilustrar lo que quiero decir con un ejemplo: Cuando estudiamos el movimiento de las vanguardias artísticas latinoamericanas aprendemos que las mismas nacen como imitación de las iniciativas europeas pero como rechazo a esa cultura y en pro de la

búsqueda de nuestra raíz americana. Ésta generalmente, es declarada en un manifiesto que identifica artistas e intelectuales y posiciones culturales y artísticas que determinaron el nacimiento del arte latinoamericano, en cada región donde esto se dio.

Así podemos hablar del *Muralismo Mexicano* y su manifiesto (9 de diciembre de 1923) que con Siqueiros y Rivera proponen la creación de un arte de masas y un arte público o hablar de la “Semana de Arte Moderna del 22” en Brasil (11-18 de febrero de 1922) considerada la semana del nacimiento del Modernismo en Brasil. La Modernidad a través del Manifiesto Antropófago de Oswald de Andrade de 1928 propone las bases de un movimiento cultural latinoamericano que utiliza la metáfora del antropófago que decide devorar su propia cultura en oposición a la copia de los modelos europeos.

Este tipo de manifestación en la historia de nuestra trayectoria cultural o en la historia del arte en Panamá es de muy difícil identificación. Se nos dificulta comprender que para que las mismas se dieran, en la época que sucedieron, debía existir un terreno apto para tal cultivo.

Retos y desafíos

El individuo que piensa, el “*ser panameño*”, sólo puede contar consigo

mismo para iniciar su cuestionamiento. Sin embargo, tiene plena conciencia de que “su individualidad” es producto de su formación, la suma de sus historias y de sus conocimientos que solo es posible en la vida colectiva y reflejada en los demás. Inclusive su propia imagen se construye en la diferenciación con los otros, definiendo lo que no es en los otros, pero no es un individuo autónomo. La autonomía, si existe, únicamente podría establecerse a la hora de pensar como acto intencional y sistemático; en función de la capacidad de establecer criterios y paradigmas que puedan ejercer una validación de su proceder, tarea siempre difícil.

Este individuo que construye una *Identidad*, toma conciencia de la complejidad de tal construcción, ya que ella implica todo lo que él es y todas las relaciones con la colectividad a la cual pertenece. Por eso tiene que hacerse crítico, ya que no es únicamente su proceder, es también la actuación colectiva.

En todo acto siempre hay intencionalidad. Toma conciencia de que los acuerdos son necesarios y de que solo ellos hacen posible la vida colectiva y que las intencionalidades necesitan consenso. Pero todo esto también vale para la colectividad o desde la colectividad. Ésta también tiene que identificarse y buscar los medios para pensar el “*ser panameño*” desde las mismas

perspectivas. La *Nación* somos todos y tenemos la obligación de comprender la supremacía del bien común. El Estado es la representación de esa *Nación* y tiene tareas definidas, la administración de las condiciones que garantizan el mayor bien común.

Esa administración efectiva solo es posible al entender que los elementos de la cultura se construyen en el tiempo y en el espacio y que es necesario construir y disponer de herramientas idóneas y validadas para comprender la magnitud de la complejidad de sus interrelaciones. Entonces, todas las perspectivas deben ser concebidas desde el punto de vista de un plan mayor, que oriente todos los aspectos de la vida administrativa, económica, productiva, educativa y cultural de la colectividad y que fiscalice su mejor desempeño para el bien común. El proyecto de *Nación*, en nuestro caso, no ha perdido su vigencia.

En la contemporaneidad, la “condición posmoderna¹³” es todavía un tema de debate. Sin embargo expresa cambios y situaciones de los cuales el individuo o la colectividad no se pue-

13 Recordemos que el concepto de “condición posmoderna” es propuesto por Jean-François Lyotard en un libro, que lleva el mismo título (1979), y que introduce por primera vez en el campo de la filosofía la palabra posmoderno. Presagia el final de las grandes narrativas o metanarrativas e inicia un polémico debate sobre la veracidad de esta condición “posmoderna”.

den sustraer y que se caracterizan por la aparición de nuevos paradigmas que muestran un carácter y una naturaleza *cultural*.

La *Nación* y el Estado deben promover en primer lugar una revisión de los “relatos” que sustentan nuestra identidad y cultura, de aquellos que nos permiten identificarnos como colectivo. Promover un debate civil de la situación del país y sus perspectivas de desarrollo de acuerdo a parámetros definidos de antemano. Aquí cabe evaluar los problemas nacionales de educación, administración pública, economía del país, cultura, producción agropecuaria e industrial entre otros muchos. Y sobre todo una pregunta esencial para nuestra *identidad*:

¿Cuáles son los rumbos que nuestro país debe proponerse y cuáles las prioridades a considerar para el alcance de sus objetivos?

Para el “*Ser Panameño*” es evidente la necesidad del individuo de exigir el perfeccionamiento del ejercicio de planificar lo *nacional* a través de la consulta ciudadana. Tal exigencia debe comprender un sector civil vigoroso e idóneo, capaz de comprender la labor que el Estado enfrenta y capaz del diálogo ético-profesional que el país amerita. Una revisión proactiva y planificada de los temas nacionales en función de su replanteamiento es una necesidad del país. Del mismo modo,

el cuestionamiento coherente y consecuente de todas las labores que ejerce el Estado desde la perspectiva de sus propias normas y el cumplimiento de sus objetivos debe ser una prioridad de la *Nación*.

No se trata de una cuestión de exigencia ciega y sí de la puesta en práctica de la capacidad de pensar, en el bien común desde una perspectiva pragmática y programática. Al iniciar el siglo XXI, el comentario de Ribeiro o la preocupación de Morales sobre la intromisión de un “enclave colonial” ya no son posibles, las circunstancias han cambiado. Ahora la colectividad puede revisar sus presupuestos de convivencia y proponer nuevos consensos, crear nuevos “relatos”, nuevas metas y porque no decirlo, una nueva utopía que potencialice nuestras mejores capacidades y posibilidades como nación.

Los próceres de la patria fueron impulsados por ideales, conceptos y acciones, y así nació la República. Desde aquel momento hasta hoy hemos forjado una trayectoria de 100 años y poco, es hora de revisar los presupuestos originales y actualizarlos.

Así, el “*Ser Panameño*” se hace identidad y cultura, colectividad y *Nación*. El individuo capaz de pensar y en consecuencia la colectividad capaz de consensuar en busca del mejor bien común y los mejores intereses para la nación. Todo acto, concepto o utopía

se inicia por la decisión individual de pensar lo que se quiere.

¡Nuestro mejor patrimonio es el “ser panameño” pensante!

Referencias bibliográficas

- Blumer, Herbert
1982. *El Interaccionismo Simbólico*. Perspectiva y Método. Editorial Hora S.A. Barcelona.
- Eco, Umberto
2013. *La Estructura Ausente*. Debolsillo. Buenos Aires.
- Locke, John
1999. *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Liotard, Jean-Francois
1998. *La Condición Postmoderna*. Cátedra. Madrid.
- Geertz, Clifford
1973. *The Interpretation of Cultures*. Basic Books Inc. New York.
- Morales, A. Eusebio
1999. *Ensayos, Documentos y Discursos*. Biblioteca de la Nacionalidad. ACP. Tomo II.
- Peirce, Charles S.
2012. *Obra Filosófica Reunida*. Nathan Houser y Cristian Kloesel editores. Fondo de Cultura Económica. México.
- Ribeiro, Darcy
1977. *Las Américas y la Civilización*. Editorial Extemporáneos. México.
- Saussure, Ferdinand de
1994. *Curso de Lingüística General*. Alianza Editorial. Madrid.
- Tylor, B. Edwar
1873. *Primitive Culture*. John Mu-

rray. London.

Toffler, Alvin

1972. *El Shock del futuro*. Plaza & Janes, S.A. Editores. Barcelona.

Infografía

Dualismo Estructural en la Sociedad Panameña. El Panamá América. 27 de noviembre de 2015. <http://www.panamaamerica.com.pa/content/dualismo-estructural-en-la-sociedad-paname%C3%B1a>

Población Panameña

<http://www.monografias.com/trabajos76/poblacion-panamena/poblacion-panamena2.shtml#ixzz3tnCT8r71>

Texto de la Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial-Unesco.

<http://www.unesco.org/culture/ich/es/convenci%C3%B3n>.

La Creatividad de Eusebio A. Morales. http://impresa.prensa.com/opinion/creatividad_Eusebio-Morales_0_866913379.html#sthash.9wJOPvAg.dpuf